

Cosas veredes, sancho

LA CADA VEZ más inaceptables y nocivas reiteraciones del Salón Nacional (andamos por el 59), parecen no alarmar a nadie. Los artistas, exquisitos, se abstienen o juegan la remota posibilidad de ser premiados. Los jurados, notorios, distribuyen según una amplia gama de situaciones que, es norma, no están nunca referidas al ámbito de la creación. Cualquier premio que corone una obra en serio, es mera coincidencia.

Es oportuno preguntar a los que han tenido la responsabilidad de proponer los caminos viables de la comunicación estética, hoy: 1970, cómo se atreven a premiar una obra, por ejemplo, como la de Vechy Lisdere, desnudo apenas aceptable para el curso de pintura de primer año de la escuela preparatoria. Bueno, el hecho es que la señora Lisdere suma a su condición de discípula de Cogorno (distinguido miembro del Jury), un apellido vinculado a las más importantes industrias del país, según parece, lo que ha abierto las columnas de la prensa con una profusión y verborragia envidiable. Cuestión de suerte. Hasta obtuvo el premio por unanimidad, no obstante que, por ejemplo, Mac Entyre, otro notorio, parecía tener algún criterio. Así andamos. Sí, lógico, cuando en este salón se admiten borbrios como los de Alfaro, Alsina, Altalef, Alvarez Rodríguez, Anadon, Bonome, Borzone, Cornero Latorre, Fara, Ferrarotti, Gagliardi, Giannone, Góijman, Irureta (ambos Arturo y Hugo), etc., siguiendo de manera aproximada un orden alfabético, no debe sorprendernos que premien a la esencia de este panorama lamentable.

Es así y lo sentimos por los verdaderos artistas, por toda esa gente joven postergada por estas distinguidas señoras y señores. Lamentable. Pero, Mari Orensanz, con todo ese talento, que en este país es una carga y no una puerta al éxito, no debió presentarse al Salón Nacional. Además, este Salón es antinacional, porque si estamos metidos en una revolución (me parece que son cuentos), cosas como éstas, so nia antirrevolución. Y a otra cosa. Y a otra cosa. ♦

por
**HORACIO
SAFONS**

Para tener en cuenta

La cada vez más creciente desvinculación de la escultura con el mundo de las representaciones exteriores —tan radical como la operada en el campo de la pintura— y la incorporación a destajo de todo tipo de material, son los elementos principales de su nueva vitalidad, de su autenticidad de lenguaje. Y esto es así, les guste o no a los altivos maestros de las maternidades y figuras yacentes, a sus abrumados discípulos, desde la aparición de escultores como Curatella Manes, Badii, Iommi, etc. (sin necesidad de recurrir a ejemplos extranjeros).

Haydee Calandrelli es parte del proceso que permite reconocer en la escultura, una de las posibles salidas socialmente integradoras de la realización estética. No porque su obra rechace el camino de la representación y utilice un material y una técnica infrecuente (plástico reforzado), además, porque acota un mundo personal de gran poder comunicante.

Sus obras, exhibidas en el Centro de Arte Integra son esculturas de alta dosis de concentración formal, la cual podría relacionarse a planteos intelectuales severísimos. Sin embargo, nace de una aguda proyección intimista, de una carga emotiva que necesita de elementos simples, esenciales, para poder transformar, sin destruir, la tensión en monumentalidad, el impulso en orden.

Calandrelli parte de un elemento tan significativo como el óvalo; óvalo-esfera que crece y decrece sobre sí mismo, en oscilación permanente entre lo que se integra y lo que podría desintegrarse. Son formas que trabajan hacia adentro, absorbiendo el espacio mediante su mecanismo de superposición, incorporándolo para lograr una mayor fuerza de recogimiento. Las superficies pulidas (totalmente blancas o totalmente negras), otorgan a la masa total una solidez de piedra y acentúan el juego sutil de la luz sin desbordes ni desvanecimientos, conducida por las filosas aristas filigranescas, por los contornos rotundos.

Estas esculturas, que hacen de la forma háptica un vehículo de participación física, del volumen masa un soporte de dimensión interior y del juego de valores lumínicos un escueto módulo sensible, permiten reconocer en Haydee Calandrelli, las lúcidas dimensiones del arte, hoy. Que es decir. ♦